RAMÓN Y EL SALMÓN

DE GRACIELA MONTES

(con añadidos de Fran Perejón)

Ésta es la increíble historia de lo que le pasó a Ramón Gariboto a las siete y veinticinco de la mañana de un dos de noviembre.

Ramón se despertó, como siempre, a las siete y cuarto. Iba a levantarse con el pie derecho, pero a última hora cambió de idea. A las siete y veinte entró en el baño y se miró en el espejo: tenía pelo de sueño, ojos despeinados y barba pinchuda. Después, Ramón Gariboto, con la mano izquierda, agarró el tubo de pasta de dientes y el cepillo y, con la mano derecha, abrió la llave del grifo.

Y en realidad ahí fue donde empezó el cuento porque del grifo del agua fría primero salió... ¡agua fría, por supuesto! ¿Qué iba a salir si no? Pero después salió... bueno, no salió, pero al menos intentó salir: ¡un pez!

El pobre pez no podía pasar, atorado en el estrecho grifo y apenas asomaba la cabeza, que movía a la desesperada de un lado a otro.

—¡Un boquerón! —gritó Ramón Gariboto, que jamás había visto un pescado que no estuviese bien frito.

Pero miró mejor y dijo:

—No, un boquerón no es... ¡Ya sé! ¡Es una sardina!... ¡No! ¡Una merluza!... ¡Un bacalao!... ¡Un...!

—¡Soy un salmón, ignorante! —lo interrumpió el pez—Y haz el favor de ayudarme a salir de aquí dentro, que me estoy ahogando.

—Sí, cómo no. Faltaría más —dijo Ramón Gariboto amablemente.

Ramón era una persona más bien tímida y, a las siete y media de la mañana, era tan tímido que hasta un pequeño pez podía asustarlo. De modo que sostuvo al pez con dos deditos y tiró hacia afuera.

—¡Ay! ¡Con cuidado! —se quejó el prisionero, que parecía bastante malhumorado—. ¡Me estás lastimando las agallas, infeliz! ¡Se habrá visto!

—Lo siento mucho —se disculpó Ramón Gariboto y volvió a tirar hacia afuera con la mayor suavidad.

El último tramo fue más fácil. El pez se agitó, su cuerpo tornasolado terminó de atravesar el grifo y un momento después andaba a los coletazos por el lavabo.

—¡Caramba! —dijo Ramón Gariboto agachándose para mirarlo bien— ¿Por qué abrirá tanto la boca? ¿Me querrá decir algo?

—A-a-a-a-a-a-agua-a-a-a-a-a-aggghhh —logró balbucear el pez antes de desmayarse.

Y sólo entonces Ramón Gariboto recordó que los peces tienen la costumbre de vivir en el agua. Y miró y observó que toda el agua que salía por el grifo se escapaba en un santiamén por el sumidero. Ramón se puso como loco a buscar un tapón o cualquier otra cosa que le fuera bien al lavabo.

Finalmente, tras probar sin éxito el mando de la tele, un paquete de galletas y dos naranjas, pensó que la tapadera de un bote de pepinillos a modo de improvisado tapón evitaría la fuga de agua. Lo colocó y al rato el pez empezó a respirar tranquilo. Tranquilo pero enojadísimo, como siempre. Ramón Gariboto se preguntó si todos los salmones serían tan impertinentes.

—¡Más tonto que un peine de silicona! —murmuraba el pez mientras iba y venía por el lavabo—. ¡Más estúpido que un caracol con botines! ¡Más inútil que bocadillo de aire! ¡Más...!

—¡Bueno, basta! —rugió Ramón Gariboto, harto ya de tantos chascarrillos—. Mira que saco el tapón y se acaba la función...

El pez se calló la boca y durante los cinco minutos siguientes se ignoraron mutuamente. El salmón se llenaba las branquias de agua

mientras nadaba, primero a brazas y luego a estilo mariposa, de un lado al otro del lavabo. Parecía aliviado, casi contento. Y Ramón Gariboto ya había empezado a enjabonarse la cara para afeitarse la barba.

Después de un rato, dijo el salmón:

—Bueno, al grano. Supongo que te habrás dado cuenta de que yo no soy un pez cualquiera, un pececito de tres al cuarto, ¿correcto?

—Vaya por dios... —suspiró Ramón Gariboto, sin dejar ni por un momento de afeitarse, decidido a mostrar su indiferencia para no dejarse humillar de nuevo por el primer salmón que se le apareciera por el grifo.

Al cabo de unos segundos, Ramón sentenció:

—La verdad es que usted no me parece muy diferente de otros peces... Salvo porque habla, claro.

Y miró de reojo al pez, que empezó a enojarse nuevamente, tal y como evidenciaban sus constantes mordidas en el labio inferior.

—¡Será posible! —chilló el salmón—. Una vez cada cinco mil años tengo posibilidades de charlar con un humano y me viene a tocar un ignorante como éste. ¡Qué desgracia! ¡Qué decadencia! ¡Qué deshonra!

Casi con medio cuerpo fuera del agua, el salmón arrugó las cejas frente al rostro de Ramón Gariboto y le dijo:

—Yo soy el pez de la suerte, señor mío. Otorgo deseos. No me va a decir que nunca oyó hablar de mí. ¡Soy famosísimo! ¡Una eminencia!

—Si usted es el pez de la suerte, ¡cómo serán los peces de la mala suerte! —se burló Ramón.

Ramón Gariboto estaba decidido a no tomarse demasiado en serio al salmón. Al fin de cuentas, un pez que hacía su entrada triunfal por un grifo no parecía un pez muy formal.

—Bueno, estoy esperando. Aquí nos van a dar las tres de la tarde en

este plan —dijo el salmón, un poco ofendido por la indiferencia de Ramón.

—¿Y qué es lo que espera, si puede saberse? —preguntó Ramón mientras se pasaba la toalla por la cara.

—¿Cuál es tu primer deseo?

Aquella pregunta del salmón lo dejó fuera de juego. Ramón Gariboto no quería perder la calma, ya que nunca le habían preguntado cuál era su primer deseo, pero tampoco quería perder la oportunidad.

Antes de hablar, Ramón quiso asegurarse:

— Ya sé que a caballa regalada no se le mira el diente, pero... ¿Cuántos deseos tengo?

—A ver, primero de todo; ya aclaramos que soy un salmón, no una caballa. Y segundo... ¿Pero qué clase de pregunta es esa? Tres, claro está —volvió a enojarse el pez—¿Es que nunca has leído o escuchado un cuento? ¿Es que usted no ha tenido infancia?

Entonces Ramón se miró al espejo pensativo: Tenía los ojos peinados, el pelo descubierto y la cara lisita... A continuación, miró por la ventana del cuarto de baño y vio una paloma revoloteando por allí cerca. Se la veía feliz, sencilla, sin inquietudes ni complicaciones, y Ramón Gariboto, que siempre había sido una persona ocupada y preocupada, con eso tenía más que suficiente.

—¡Ya sé! Quiero ser una paloma. Quiero vivir como una paloma. Quiero sentir como una paloma —gritó de pronto, sin sacar los ojos de la ventana—. Tome nota porque es mi deseo definitivo; quiero-volar-como-una-paloma.

—Wow... Qué original...— dijo irónicamente el pez— ¡Todos piden los mismo! Bueno, tu deseo será concedido. ¡Ale! Ya puedes volar, criatura.

Ramón Gariboto se acercó al balcón y miró hacia abajo. Vivía en un cuarto piso, de modo que no era cuestión de saltar así como así para ver qué pasaba. Vete tú a saber si el pez había perdido sus poderes o sencillamente era un pez mentiroso y lo había engañado.

Todavía en pijama, Ramón Gariboto bajó por las escaleras hasta la planta baja, salió a la calle, estiró los brazos, los agitó hacia arriba y hacia abajo... y voló. Voló alto, voló bajito, revoloteó, subió en picado hasta la altura del cuarto piso y entró por su balcón.

No fue un aterrizaje ejemplar: tiró tres macetas, el pantalón del pijama se le enganchó en la lámpara y se torció un tobillo al apoyar los pies.

—Es cuestión de practicar —se dijo Ramón—, con el tiempo me va a salir mejor que a Superman.

Entonces revoloteó hasta el techo de la habitación para buscar un jersey amarillo con rayas rojas que estaba en el estante más alto del armario, no se fuera a resfriar con tanto vuelo. Por primera vez en mucho tiempo, Ramón Gariboto se sentía satisfecho y feliz con su nueva vida.

Ramón Gariboto acudió a prepararse un cafelito en la cocina para desayunar, cuando notó un dolorcito, un extraño dolorcito de barriga. Al principio solo era una pequeña punzada, pero por momentos iba sintiendo algo mucho más extraño...

—¡Qué raro! Me duele la panza —dijo en voz alta.

—Claro —comentó el pez desde el baño—, seguramente irás a poner un huevo...

Ramón Gariboto corrió desesperado hasta el lavabo, donde el salmón nadaba tranquilamente.

—¿¡Po-poner un huevo!? ¡¿Cómo “poner un huevo”?! ¿Quién dijo que yo pongo huevos?

—Yo lo digo —aseguró el pez—. Todas las palomas ponen huevos.

—Pero yo no soy una paloma —se defendió entre lágrimas Ramón— ¡Jamás he sido una paloma!

—¿Quién entiende a los humanos? —suspiró el salmón—. Acabas de decirme que quieres volar como una paloma... ¿Qué te hace suponer que se puede volar como una paloma sin estar obligado a poner huevos como una paloma? ¿Quién te crees que eres para vulnerar los postulados de la ciencia?

—Pero yo quise decir "palomo".

—Pero dijiste "paloma".

—Al final te saco el tapón del lavabo.

—Al final te dejo poniendo huevos para el resto de tu vida.

—...

Ramón Gariboto miraba al salmón en silencio.

El salmón no le quitaba los ojos de encima a Ramón Gariboto. En aquel diminuto cuarto de baño, la tensión podía cortarse como un buen jamón serrano en mitad de un bautizo.

Ramón Gariboto no estaba acostumbrado a poner huevos. Y no le gustaba nada la idea de tener que ir a por ramas para construir un nido y empollarlos. Y mucho menos dar de comer a las crías cazando lombrices o picando alpiste de la mano de una señora del parque. Además, ¿qué iba a pensar su novia?

—Voy a pedir mi segundo deseo —dijo por fin.

—Sea —dijo con voz grave el pez y haciendo una reverencia, como si se hubiera escapado de un cuento de caballeros andantes y princesas petulantes.

—Quiero dejar de vivir como una paloma, de sentir como una paloma, de volar como una paloma... y de poner huevos como una paloma, por supuesto.

—Tu deseo está concedido —dijo el pez, con una sonrisita que a Ramón no le gustó ni un periquete.

El dolor de barriga desapareció de inmediato. Y cuando Ramón

Gariboto quiso buscar la bufanda del estante de arriba del armario... tuvo que subirse a un taburete por supuesto. Ya no podía volar.

—¡Oye, tú! —lo llamó el pez desde el baño.

A Ramón no le hacía demasiada gracia que le gritaran y mucho menos en su propia casa. Frunció el ceño y fue hasta el baño, cada vez más molesto con aquel pez tan pesado y maleducado.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Ramón Gariboto.

—A ver si le pones un poco más de agua fresquita a este lavabo que me estoy quedando seco. Y ve pensando el tercer deseo, eh, que ya estoy cansado de esperarte. Que eres más lento que un astronauta jugando al fútbol.

Por compasión, Ramón echó un poco más de agua en el lavabo y le preguntó:

—Y después del tercer deseo, ¿qué?

—Y nada más —dijo el pez—. Me quedo a vivir aquí contigo por una temporada... Obviamente no en este lavabo nauseabundo. Lo menos que puedes hacer por mí es instalarme un acuario, con plantas, caracoles, cascadas... En fin, yo ya te iré diciendo...

Ramón Gariboto volvió a mirarse en el espejo: tenía los ojos redondos de susto. Se imaginó cómo serían sus días con ese pez antipático, charlando todo el día como un loro, dándole órdenes, gritándole, dejándolo en ridículo...

De pronto, Ramón Gariboto supo cuál iba a ser su tercer deseo.

No quería volverse pequeñito como un guisante. Tampoco quería crecer como una montaña nevada. No quería volverse invisible como la brisa de verano, ni volverse rico como un marajá, ni volverse valiente como el cerdito de la peli, ni volverse ágil como un flamenco en un tablao...

—Señor salmón, abra bien sus orejas: voy a pedir mi tercer deseo antes de que se me enfríe el cafelito —dijo.

—¡Ya era hora! ¿Cuál es tu tercer deseo?

—¡Quiero que usted se vaya por donde vino! ¡Y pronto! —gritó Ramón Gariboto con una sonrisa triunfal.

El salmón entrecerró los ojos, echó hacia un lado la cabeza y dijo:

—Tu deseo será concedido... Pero no te vayas a creer que me voy a ir sin antes decirte que es la primera vez en los ochenta y siete mil novecientos quince años de vida que tengo, que me pasa algo semejante. Tengo la teoría de que la evolución humana ha contribuido a la ignorancia generalizada de la especie porque...

—¡Dije "pronto"! —repitió Ramón Gariboto, y abrió el grifo.

El pez empezó a remontar el chorro de agua.

—Menos mal que los salmones sabemos nadar en contra de la corriente —dijo.

Y eso fue lo último que dijo el salmón.

Un par de minutos después, sólo se veía la cola tornasolada moviéndose en el extremo del grifo. Ramón Gariboto cerró el agua, sacó la tapadera del bote de pepinillos del lavabo, se puso el jersey amarillo con rayas rojas, se enroscó la bufanda, se tomó el cafelito y salió a la calle. Aquel 2 de noviembre, la vida en la ciudad bullía como de costumbre.

Como todas las mañanas caminó hacia el quiosco de periódicos y revistas que quedaba justo en frente de su bloque de apartamentos. En el techo de latón del quiosco se había posado una paloma.

Ramón Gariboto la miró y le preguntó de sopetón al quiosquero:

—Don Luis, dígame la verdad, ¿qué opina usted de los salmones?

FIN

Ayuntamiento de **Benacazón**

VIERNES DE CUENTACUENTOS

Ramón y el salmón